

ador no la oye. Ha cogido un
rdi y se abandona al encanta-
su melodioso pesimismo.

o, Raquel? Dímelo—murmuró
o ves, puedo hacer política y
paciencia para esperar los re-
e hecho mal en abandonar la
tín que dí a *Avanti*, «Claudia
erida del Cardenal», dobló la
s eso lo que me interesa. Ha-
ares, nó, por misericordia! Era
ñil. *Al menos, se ve lo que se*
o de construir una casa.

se calla y permanece sentado
on las piernas colgantes y los

le habla dulcemente de su in-
re, de mamá Rosa y de aquel
—que condujo los gansos de
el vergel de Joseíto...

ncido se revigoriga al contacto
El campesino asfixiado por los
valor, encontrando su infancia
de su mujer.

.....
a el violín y se ponía a tocar
corbata deshecha y su hermosa
a sobre el instrumento, como si
no de una mujer.

Doña Raquel, con las manos cruzadas sobre
el vientre grávido por una vida nueva, lo escu-
chaba sonriendo.

—¡Cuán dichosos seríamos—pensaba ella—si
no existiera esa maldita política!

Pero la política no abandonaba a su violi-
nista.

Y doña Raquel veía con menos alegría que
orgullo que su instructor romántico se convertía
en hombre grande.

Hélo aquí como figura principal del perió-
dico *L'Avanti* y líder extremista de su partido.
De ambas cosas se aprovechaba para fomentar
una pequeña revuelta a propósito del desembarco
de los soldados italianos en Trípoli.

Cogen a Benito. Lo condenan luégo a cinco
meses de prisión.

Doña Raquel no llora. Espera, atendiendo
a su casa, como siempre.

Benito sale del encierro y se convierte en
director del *Avanti*. Firma artículos cada vez
más incendiarios.

1914. En un pequeño pueblo, del que nadie
sabe el nombre, un archiduque austriaco y su
mujer caen bajo los disparos de unos conjurados
servios. La ola de sangre de Sarajevo se extien-
de, crece e inunda a Europa.

Al comienzo, Italia no se moviliza y doña
Raquel aprueba con toda su alma a su marido
cuando éste protesta contra la guerra.